CAPITULO VII.

CONSIDERACIONES SOBRE LA VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

En la vida de Jesucristo brillan los caracteres de la Divinidad, ya se atienda en particular á sus pormenores, ya se considere el vasto conjunto que presentan. Aun no veía la primera luz, y prodigios mui singulares le hacen esperar como un Enviado del cielo. El ángel Gabriel anuncia su alumbramiento á la madre del Precursor. Estéril y anciana, Isabel no podia concebir: su esposo Zacarías duda por tanto; y por un nuevo misterio, esta duda le hace perder inmediatamente el habla, para no recobrarla sino despues de haber designado él mismo, de un modo profético y con signos escritos, pues no podia con la palabra, el nombre de su hijo despues de su nacimiento. El mismo arcángel hace entender á María, por una especial mision, que habia de concebir por obra del Espíritu Santo á Jesus, llegando de este modo á ser Madre de Dios, sin dejar de ser vírgen. El Mesías y el Precursor estaban aún en el vientre materno, cuando Isabel fué á visitar á María; y al instante mismo en que aquella la saludó, por una mision particular del Espíritu Santo, como el vaso feliz en que la gracia rebosa de su misma plenitud, como la bendita por excelencia entre todas las mujeres por el privilegio divino de portar en sus entrañas y dar á luz al Redentor del género humano, el Bautista se estremece de veneracion y regocijo en el vientre de Isabel, ofreciendo de esta suerte el primer tributo de adoracion, de reconocimiento y amor al Mesías ya concebido y residente entónces en el vientre de María. Nace el Precursor; cúmplese así la prediccion del ángel; recibe el profético nombre que escribe su padre Zacarías, porque no podia hablar, y este no recobra el habla, como estaba predicho, sino para prorumpir en un cántico sublime, que, como el de María cuando se le anunció su divina maternidad, presenta reunidas en un punto las efusiones dulces de una alma reconocida y la sublime impetuosidad de una inspiracion profética.

Llega el tiempo en que habia de nacer, y con él un nuevo órden de maravillas. Un ángel aparece á los pastores para anunciárselos; una luz milagrosa brilla sobre sus frentes en medio de la noche; un Salvador se les anuncia con el signo infalible en que podian reconocerle: ven con sus mismos ojos á las legiones celestiales que vienen al establo de

Belen cantando al recien nacido gloria en las alturas, y felicitando á los hombres todos por la venturosa adquisicion que iban á hacer mui pronto de una paz, que desde el pecado del primer hombre habia desaparecido de la tierra.

Jesucristo ha nacido ya, y los monarcas de Oriente siguen el camino que les traza una estrella, y llegan á Belen, y adoran al Mesías, y colocan sobre su cuna humilde el incienso, el oro y la mirra, triple homenaje que era debido á un Dios, á un rei, á un hombre. Al regresar, el astro los conduce por un camino diverso, á fin de sustraerlos á la cita de Heródes, ansioso por descubrir el paradero del Mesías para degollarle en su cuna.

El viejo Simeon aclama al recien nacido, en el instante de su presentacion al templo, como el Enviado de Dios, la gloria del pueblo escogido; y canta su misma muerte, porque como profeta estaba instruido ya en que no habria de bajar á la tumba sin ver ántes con sus propios ojos en el mundo al Deseado de las naciones.

José, advertido por un ángel, conduce á Jesus á Egipto, para sustraerle de la inícua y tiránica degollacion á que condenó Heródes á todos los inocentes, alentado con la quimérica esperanza de hacer perecer en esta lastimosa catástrofe al Hijo de María. Basta lo expuesto para confesar irresistiblemente la divinidad de Jesus; pero estos no son unos acontecimientos extraordinarios, improvisados en el conocimiento de los hombres. ¡Qué fuerza demostrativa no adquiere la verdad con la lectura del Antiguo Testamento! Todos los prodigios que han precedido, los que han acompañado y los que han seguido al nacimiento de Jesucristo, han sido anunciados por los profetas, y aplicados al Mesías por la antigua y constante tradicion de los judíos.

Ya desde el nacimiento de Jesucristo se reunen en su persona dos atributos, si así podemos llamarlos, que le dan un carácter único entre todos los hombres, y fundan sólidamente una nueva prueba de su divinidad. "Jesucristo nace " de una familia ilustre, á la verdad, por su orígen, pero os- " cura y confundida entre la multitud de las otras familias " judías cuando su nacimiento. El que pasa por su padre " es un carpintero. Nace Jesus en un establo, porque José " y María no pueden hallar alojamiento en la casa de hués- " pedes. Miéntras que los ángeles descienden del cielo " para anunciar su nacimiento, y los hombres y mujeres, " divinamente inspirados predicen que habrá de ser la sa- " lud y el Salvador del mundo; miéntras que los prodigios " mas estupendos confirman de antemano la verdad de es-

" tos anuncios, Jesucristo viene al mundo en el estado de la
" mayor pobreza, oscuro y desconocido á todos los otros,
" excepto unos pastores á quienes Dios acababa de mani-
" festárselos por un rayo de su gloria. Nada mas grande
" por parte del cielo; nada mas pequeño por parte de la tie-
" rra; nada mas á propósito para dejar satisfechos á cuantos
" atentamente mediten el progreso y la ordenada serie de la
" revelacion; nada ménos adecuado para subyugar el enten-
" dimiento de los que juzgan humanamente de las cosas.
" *Mis caminos no son los vuestros*, dice el Señor. Dios no
" obra como hombre; obra como Dios en la manifestacion
" solemne de la gloria de su Hijo.....
.....
" He aquí pues la última bajeza y la grandeza suprema,
" reunidas en una misma persona, carácter único de Jesu-
" cristo." [1] Adelante verémos lo que importa en el plan divino de su Iglesia el misterio de sus humillaciones; mas no siendo necesaria, para reconocerle Dios, la comprension de este enigma, él solo basta para establecer como una consecuencia precisa, que un carácter semejante no puede ser puramente humano. ¡Quién desplegó nunca mas poder que Jesucristo? ¡A quién le hubiera sido mas fácil aglomerar en torno de su persona esas glorias diversas que deslumbran á cada paso las miradas carnales del mundo? Hemos dicho poco: ¡á quién le hubiera sido posible, contando con el poder de Jesucristo para engrandecerse, pero no teniendo para humillarse otros recursos que los de la naturaleza, descender hasta el grado de que se le apellidase *el último y mas abyecto de los nacidos, el hombre de dolores?* Nadie sin duda: seguro, nadie lo podria; y esta es la afirmacion mas evidente que puede hacerse entre todas las cuestiones que abraza en su vasto conjunto la ciencia del hombre y de la sociedad. Para elevarse aun mas allá de lo que permite el uso lícito de los recursos naturales, basta tener orgullo; para sujetar espontáneamente á la grandeza bajo el yugo de los tormentos y las humillaciones, es de todo punto necesario ser árbitro de un poder que ni pertenece á la tierra, ni se halla fuera de la Divinidad. He aquí porqué, sin tomarnos el trabajo de entender el misterio, nos basta estar ciertos de que una persona reunió en sí la mayor grandeza y poder, y la mayor bajeza y humillacion espontánea, para declarar que tal persona es, no solamente un hombre, sino tambien un Dios.

Los prodigios diversos que precedieron, los que acompañaron y los que siguieron al nacimiento de Jesucristo, dan cada uno de por sí el mas pleno testimonio á la divinidad de su mision, y un testimonio tanto mas irrecusable, cuanto que, segun hemos advertido ya, se hallan en la mas perfecta consonancia con las figuras, las profecías y todos los testimonios del Antiguo Testamento. El misterio de sus humillaciones y de su grandeza es un carácter exclusivo de Jesucristo, é inexplicable y aun inconcebible, si se prescinde de su divinidad. Mas no queremos detenernos aquí, pues entre las mil pruebas que descubre la vida de Jesus, llaman preferentemente la atencion el carácter divino de su persona, y el poder celestial de sus milagros. Hagamos pues algunas breves reflexiones sobre estos dos puntos capitales de nuestras pruebas.

1 *D'Agueseau.* Réflexions diverses sur Jésus-Christ.

§. I.

Carácter de Jesucristo.

Lo primero que se nota en el carácter de Jesucristo, es un desprendimiento noble, absoluto y universal de todas las cosas que constituyen el objeto de las aspiraciones humanas: riquezas, poder, influencia, predominio, celebridad, placeres, comodidades, magnificencia, esplendor, son para él palabras sin objeto: nada de esto entra en el gran cómputo que preside al plan de su conducta. Muéstrase como el hombre de dolores, como el objeto de la tribulacion, como el blanco de la envidia, como la víctima del mundo, desde que abrió sus ojos á la luz, hasta que los cerró para descender al sepulcro. Pasó treinta años de su vida sin ser conocido, tal como era, de nadie; y cuando ya se dió á conocer, fué de una manera tan distante de la grandeza y de la pompa del mundo, que no podia inspirar amor hácia estas cosas, ni deseo de adquirirlas á persona alguna. Evita cuanto puede tener esplendor: no aparece en la corte de los reyes: nunca se distingue cerca de los grandes. Predica ordinariamente á los pobres: no funda establecimiento ninguno en el mundo, y camina por todas partes con el pensamiento fijo en la muerte cruel y vergonzosa, cuyas circunstancias tenia siempre á la vista de su alma, y las habia predicho mui frecuentemente á sus discípulos. "Extraño es, observa Nicole, que siendo Jesu-
" cristo el árbitro de la naturaleza, como lo hacia ver en sus
" milagros, no se haya hecho temer de persona alguna; pero
" todo se explica fácilmente, advirtiendo que las muestras
" de humildad con que acostumbraba cubrirse, hacian ma-

" yor impresion en el espíritu, que las señales de grandeza
" que aparecian en sus obras. En una palabra: cuanto hai
" de grande en Jesucristo no es sino una consecuencia de
" su ministerio, y cuanto hai de pequeño y humilde en su
" conducta es un efecto de su voluntad y de su eleccion:
" nada se veía, por tanto, en él, que no fuese dirigido á es-
" tablecer en el corazon humano el desprecio del mundo y
" de sus pompas." [1]

Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo mantenia siempre en su pecho la llama suave y ardiente de una caridad divina. El desprendimiento universal de sí mismo se revelaba en todos sus discursos y en todas sus acciones. Era el Doctor, el consumador, el apoyo de una lei de plenitud, y hacia resplandecer de continuo en todos los rasgos de su vida la gloria de Dios y el bien de la humanidad, como el exclusivo objeto que lo habia traido á la tierra. En todo lo que hace, en todo lo que medita, no se propone mas que cumplir la voluntad de su Padre; no se ocupa en otra cosa, que en establecer y propagar el reino de Dios, esto es, la verdadera religion. Su celo es ardiente; pero no se descubre en él ni un solo indicio de violencia y amargura: su vida es austera como su moral; pero manifiesta siempre aquel sabio temperamento que ni se precipita en el exceso, ni admite la singularidad. La mortificacion habitual que prescribe, no excluye los inocentes recreos. Recomienda la continencia, como el mas perfecto de los estados; pero asiste al convite de un banquete nupcial, é instituye un sacramento para santificar el matrimonio. Vivió en la pobreza y abyeccion; pero llamando á todos á su reino, no excluyó de las esperanzas que trajo á la tierra, ni al rico ni al poderoso. Ataca los vicios y los errores de los grandes; pero consagra su autoridad en el respeto del universo. Declara en términos formales que su reino es espiritual, y por tanto, el reino por excelencia; pero sometiéndose al tributo del César, coloca sobre una misma línea los deberes de la religion y los de la sociedad. He aquí su política, sus convicciones, su conducta: enseña á sus discípulos á mirar el cielo como su patria, pero estrechando al mismo tiempo en ellos todos los vínculos legítimos que los adhieren á la tierra.

Ni le faltó una sola virtud, ni tuvo un solo defecto. Exámínese ahora cuanto abarca en su esfera la posibilidad humana, y dígase de buena fe, si la naturaleza es capaz de tanta perfeccion. Un carácter de esta clase, no lo dudemos,

1 L'Esprit de Nicole sur les vérités de la religion, chap. IV, §. 3.

es un carácter divino; y la eminente santidad de Jesucristo excluye la necesidad de otra prueba, para engendrar en el alma una conviccion perfectísima de su divinidad. Tal fué la plenitud de su justicia, que la mas encarnizada incredulidad no se ha permitido el mas ligero reproche contra su conducta: Celso, Porfirio, Hiérocles, cuantos han combatido la religion, no han podido contenerse de tributar un homenaje á la integridad de su virtud. "¡Quién no admiraria, " dice un escritor célebre, su inmensa caridad para con to-
" dos los hombres, su benevolencia, su dulzura, su paciencia,
" su magnanimidad? Cura los enfermos, consuela los afli-
" gidos, instruye á los ignorantes: es todo para todos. No
" se venga de los ultrajes de los judíos, sino haciéndoles
" nuevos beneficios: *he aquí la generosidad de la virtud.*
" Llora sobre la suerte de Jerusalen: *he aquí el amor de la*
" *patria.* Llama con el nombre tierno de *amigo* al mons-
" truo que le vende: *he aquí la clemencia y la misericordia.*
" No se queja ni de las falsas acusaciones de los testigos,
" ni de la injusticia de los jueces: presenta sus mejillas á
" los que le hieren, y su rostro á los que le escupen: *he aquí*
" *la paciencia, la mortificacion, el sacrificio, la virtud de la*
" *penitencia.* Camina á su patíbulo con la dulce tranquili-
" dad de un cordero: *he aquí la obediencia en su perfeccion*
" *mas sublime.* Sufre, por último, la mas injusta é ignomi-
" niosa muerte con una grandeza de alma que no le permite
" desplegar sus labios sino en favor de sus verdugos. *No*
" *son estas la vida y la muerte de un hombre: ¡así vive y así*
" *muere la humanidad sacrosanta de un Dios!* [1]

¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? dijo en ocasion en que le *rodeaban los fariseos, los escribas, el pueblo todo, enemigos encarnizados de su persona y de su nombre.* Un silencio profundo sucedió á la pregunta de Jesucristo: silencio mas persuasivo y convincente, que la elocuencia mas inflamada y el raciocinio mas estrecho y demostrativo. Por último, llamamos la atencion de nuestros lectores hácia una circunstancia única en la historia del hombre y de la sociedad. En todos los siglos se han presentado legisladores y filósofos anunciando el designio presuntuoso de reformar el entendimiento y perfeccionar las instituciones políticas; mas á pocos pasos del tiempo, las doctrinas han cedido el campo

1 *Jacques.* Preuves convaincantes de la vérité de la religion chrétienne. Chap. IV, §. 13. Lo que está de cursiva se ha intercalado en el texto del autor citado, para evitar una repeticion, que de otro modo seria indispensable, para mostrar las virtudes de Jesucristo.

á nuevos sistemas; la ciencia social ha perecido entre innumerables vicisitudes: los legisladores han tenido necesidad de sobreponerse á la lei para no aparecer inconsecuentes; y en su conducta no hai mas diversidad ordinariamente, que la que pone entre ellos, no la graduacion de las virtudes, sino el número y la diversidad de sus vicios. Jesucristo es el primero que ha concebido el plan maravilloso y divino de una felicidad perfecta fundada en la observancia de sus máximas, y que ha practicado al mismo tiempo, con una perfeccion inconcebible, hasta los últimos pormenores de su doctrina y de su lei. "No hai virtud, dice Duvoisin, acerca " de la cual no nos haya dado Jesus el precepto y el mode- " lo: entre todos los legisladores y todos los doctores de " moral, él es el único que instruye al mismo tiempo que " con sus discursos con el ejemplo de toda su vida. Todas " sus palabras, sus acciones todas no respiran sino piedad " y caridad; pero una piedad y una caridad hasta entónces " desconocidas en la tierra." [1] *Iba haciendo el bien*, nos " dice el Apóstol, y estas palabras lo comprenden todo.

Concluyamos. "Si la moral mas pura, y el corazon mas " tierno; si una vida pasada en combatir el error, y en ali- " viar los males de los hombres, son los atributos de la Di- " vinidad, ¿quién podrá negar la de Jesucristo? El es el " modelo de todas las virtudes: la amistad le ve dormido " en el seno de Juan, ó encomendando su madre á este dis- " cípulo; la caridad le admira en el juicio de la mujer adúl- " tera, y en todas partes le encuentra la piedad bendiciendo " las tribulaciones del desdichado: su inocencia y su candor " se descubren en su amor hácia los niños; la fortaleza de " su alma brilla en medio de los tormentos de la Cruz, y su " último suspiro es un suspiro de misericordia." [2]

§. II.

Milagros de Jesucristo.

"Para juzgar de toda la confianza que inspira la historia de los milagros de Jesucristo, dice Duvoisin, es necesario examinar atentamente la naturaleza de estos milagros, las circunstancias en que fueron hechos, el número y carácter de los testigos que los refieren, la impresion que hicieron sobre los espectadores, y por último, el concepto que forma-

1 *Duvoisin.* Démonstration évangélique, chap. III.
2 *Chateaubriand.* Genio del Cristianismo. Part. IV, lib. III, cap. I.

ban acerca de ellos los mismos que desconocian su autoridad."

"Yo advierto, dice, en los milagros de Jesucristo dos caracteres principales, esto es, su importancia y su publicidad. Ya se consideren en sí mismos, ya en sus consecuencias son sin duda unos hechos de la mas alta importancia. [1]

§. III.

Naturaleza de los milagros de Jesucristo.

¡Qué cuadro tan magnífico y sorprendente el de sus milagros! Toca apénas los doce años de su edad, y confunde en el templo la sabiduría de los sabios y la prudencia de los prudentes este niño, que no teniendo estudios, maestros, escuela, teatro, ni sociedad ninguna literaria, no podia conquistar esta victoria sobre los ancianos y los doctores de Israel, sino con el irresistible poder de la sabiduría infinita de Verbo. Sale de su vida oscura y retirada; elige en persona sus ministros, y tomándolos de la condicion mas humilde, para que nadie atribuyese las conquistas de su palabra al humano saber, sorprende al mundo con una trasformacion maravillosa, pues convierte á unos rústicos pescadores en órganos de una verdad y un poder que habian de renovar el universo. Sube al Tabor, y hace posar sobre esta montaña feliz el trono de su Eterno Padre, quien le declara, con toda la majestad de un Dios, su Hijo mui amado, en el cual tiene puestas todas sus complacencias. Avista á la ribera de un mar embravecido, y marcha sobre las ondas, ó impone silencio al torbellino desolador. Cinco panes y cinco peces le bastan para alimentar hasta la hartura por dos veces á millares de hombres que le siguen á la soledad. A su voz huyen las turbas infernales, abandonando las víctimas que poseian; y los leprosos recobran la limpia tez de una salud robusta, y los paralíticos sienten renacer en sus miembros la agilidad y fuerza de una lozana juventud. Inclínase su albedrío á los ruegos del atribulado que le pide el remedio, y los ciegos ven, los mudos hablan, los sordos oyen. Habla, y huye una turba inmensa que viene á despedazar á la mujer adúltera, y le aclama Dios la mujer de Samaria al escuchar la revelacion de su pensamiento. Manda, en fin, y

1 Démostration évangélique, chap. V. En obsequio de nuestros lectores preferimos á todo un extracto de esta prueba, en que tanto resplandece la irresistible lógica de su célebre autor.

el sepulcro restituye sus víctimas, que salen triunfantes de la muerte. Llega la hora de su inmolacion, cuyas circunstancias habia predicho, y á fin de que todo el mundo vea que esta muerte es libre y espontánea, Jesus hace caer á sus piés á los satélites que vienen á prenderle, y cura á uno de ellos, mutilado por uno de sus discípulos. Arrastrado sucesivamente á los tribunales de los pontífices, del gobernador y del tetrarca de Galilea, los espanta con sus respuestas, y todavía mas con su silencio. Espira, y al momento mismo el sol se oscurece, la tierra tiembla, el velo del templo se rompe, los muertos resucitan. Hasta en su muerte Jesus se muestra el Señor de la naturaleza.

"Obras tan esplendentes no pueden ménos que excitar la atencion pública, aun cuando ellas no hubieran sido sino el objeto de una estéril admiracion. Pero Jesucristo, que léjos de contentarse con sorprender las miradas de sus espectadores, se propuso nada ménos que conmover los espíritu, dió á sus milagros su objeto mas importante, la fundacion de un nuevo culto, que debia suceder á la lei de Moisés y establecerse en el universo todo sobre las ruinas de la idolatría."

"Un segundo carácter de los milagros del Evangelio es el de su publicidad, su notoriedad, su evidencia. No se trata de esas maravillas equívocas y momentáneas que abren campo á la duda, ya sobre la existencia del hecho, ya sobre su carácter sobrenatural. Los milagros de Jesucristo son de la mas perfecta plenitud; quien se propusiese ocultar el poder que ellos manifiestan con explanaciones sutiles, se veria en la alternativa indispensable de explicarlo todo, hasta la resurreccion de los muertos, ó de reconocer en todas partes la mano del Omnipotente.

"En cuanto á su notoriedad, basta saber que ellos eran sabidos en todas las ciudades de la Palestina; que Jesus escogia por teatro los sitios mas á propósito para hacer visible su poder, las plazas públicas, el templo, las solemnidades religiosas que hacian reunir á toda la nacion. Las personas afortunadas, á quienes tocaba disfrutar los efectos de este poder, se designan por su nombre, su casa, su profesion, y así ántes como despues de ser curadas, habitan las ciudades, las aldeas; viven con una multitud sorprendida por la doble notoriedad de su mal incurable y antiguo y de su curacion momentánea y milagrosa."

§. IV.

Circunstancias en que fueron hechos.

¡Y cuánto no progresa la demostracion con vista de las circunstancias en que tales prodigios fueron hechos! Cuenta Jesus por enemigos á todos los judíos que mas se distinguen por su ilustracion, por su influencia, por su poder. Los sacerdotes y los escribas, los fariseos y los saduceos, suspendiendo su animosidad, se reunen todos contra un hombre que les reprocha mui altamente sus errores y sus vicios. No ignoran los prodigios en que Jesus funda su autoridad, y con harta frecuencia son ellos los espectadores de los maravillosos efectos que producen en la multitud. Estos hombres á quienes el odio, el zelo, el interes y las mas delicadas pasiones previenen fuertemente contra la autoridad de Jesucristo, que tienen de su parte la fuerza pública, los recursos para proporcionar el cohecho, y el empeño mas decidido en desacreditar los milagros de Jesus, nada consiguen con todo esto. Limitados al recinto del pueblo réprobo, nada han podido para detener ese torrente de luz que ha encadenado la razon y cautivado felizmente toda la creencia de la especie humana. Opongamos á este poder estéril de sus enemigos el carácter y la autoridad de los testigos que deponen en favor de los milagros de Jescuristo.

Hemos demostrado en otra parte que estos no pudieron engañarse, que no quisieron engañar ni lo habrian conseguido aun en caso de pretenderlo. Adelante hablarémos un poco mas sobre este punto, al tratar especialmente de los apóstoles; mas por ahora nos limitarémos á dos sencillas reflexiones, tomadas del autor citado. "Los appóstoles, dice, no hubieran conseguido nunca, por mucho empeño que en ello tomasen, no digo establecer una religion, ó fundar una secta; sino lo que era infinitamente mas fácil, ni aun granjearse un solo prosélito."

Recorred la historia inmensa de los errores y las supersticiones; buscad en las opiniones populares, en la política, en la seduccion ó en el terror, las diferentes causas á que han debido su establecimiento y sus progresos las falsas religiones; y no encontraréis una sola capaz de favorecer la impostura de los apóstoles. La autoridad de las leyes, la fuerza pública, los sentimientos religiosos, las preocupaciones, las pasiones, el interés; todo se levantaba contra su doctrina: solo los milagros hablaban en su favor. Pero aun estos

mismos milagros, á no haber sido incontestables, ofrecian á sus muchos y poderosos adversarios un medio seguro y fácil de confundirlos. Si puede disputarse sin cesar acerca de las opiniones especulativas; cuando se trata de los hechos públicos y recientes, la discusion no puede prolongarse demasiado ni permanecer indecisa. Que en circunstancias tan desfavorables los apóstoles, sostenidos por la autoridad de sus milagros, se hayan hecho escuchar, era ya mucho; pero que sin milagros, ó lo que todavía es peor, con milagros notoriamente falsos hubiesen logrado fundar una nueva religion, seria un fenómeno inexplicable, incomprensible, mil veces mas increible que todos los milagros del cristianismo.

Concluyamos estas observaciones con la última que nos propusimos hacer sobre la impresion que tales milagros produjeron en la multitud, y por último sobre el concepto que los contemporáneos y oyentes de los apóstoles formaron acerca de ellos.

"¿Quién nos enseñará competentemente lo que investigamos ahora! Los hechos; y unos hechos, dice el autor citado, incontestables, subsistentes aún; hechos de tal suerte ligados con la verdad de los milagros evangélicos, que parece de todo punto imposible asignarles otra causa diferente."

"Todos nos hallamos seguros, por el doble testimonio de la historia eclesiástica y profana, de que por donde quiera que pasaban los apóstoles enseñando, se levantaban iglesias numerosas. La primera es la de Jerusalen que comenzó cincuenta y tres dias despues de la muerte de Jesucristo; y mui poco despues apareció la fe ya establecida en Samaria, en Damas, en Lidda, en Joppe, en Cesaréa, en Antioquía, donde los sectarios de la nueva religion comienzan á ser designados por el nombre de su maestro. De la Palestina y de la Siria pasan los apóstoles á la Asia menor, á la Grecia, á la Macedonia: penetran en la Italia y zanjan allí los cimientos de aquella iglesia *principal*, como la llama San Ireneo, á la cual reconocerán todas las otras, y que hará de Roma la capital del mundo, aun despues de la destruccion de su imperio. Primer hecho constante y reconocido por los mismos incrédulos."

"En todas estas iglesias se hacia una mui alta y solemne profesion de creer los milagros que los apóstoles habian atestiguado de viva voz, ó por escrito. He aquí un segundo hecho no ménos comprobado que el primero, y cuya mas plena demostracion, si aun se quisiese negar, podria encontrarse en todas las epístolas del Nuevo Testamento."

"El tercer hecho, que puede mirarse como una consecuencia de los dos primeros, es que los primeros fieles no abrazaron el cristianismo, sino por la autoridad de los milagros referidos á Jesucristo."

Concluyamos. "Ninguna esperanza temporal, ningun atractivo, ninguna seduccion podia dar en aquel tiempo sectarios al cristianismo. Los apóstoles, á ejemplo de su Maestro, no prometian sino cruces y aflicciones, ni disimulaban á los neófitos que, si todas sus esperanzas estaban reducidas al mundo, debian considerarse como los mas infelices de los hombres. [1] ¡Qué grado de convencimiento no era pues indispensable, para determinar á los primeros fieles al sacrificio de todas sus preocupaciones y de todos sus intereses? ¿Qué atencion no pondrian por lo mismo en el exámen de unos milagros, que venian á decidir su suerte respecto de la vida presente y de la vida futura! Confesamos, pues, ingenuamente, que no fué el amor de la novedad, ni un entusiasmo ciego quien trasformó en zelosos cristianos á tantos judíos y gentiles, supersticiosamente adheridos hasta entónces á la religion de sus padres; sino la autoridad y evidencia de los milagros de Jesucristo." [2]

CAPITULO VIII.

DOCTRINA DE JESUCRISTO.

Siempre hemos entendido que la reunion de cinco caracteres, que corresponden por excelencia á la doctrina de Jesucristo, constituyen por sí una prueba concluyente de su divinidad. La sublimidad de sus misterios, la unidad maravillosa de su economía, la universalidad de su inteligencia, la santidad de su moral y la eternidad de sus promesas, son otros tantos atributos que no vemos resplandecer en ninguna de las muchas producciones del espíritu humano: que traspasan con mucho la esfera de la capacidad del hombre, y que no circularian hoi entre la especie humana, si Dios no se hubiese dignado abrir la fuente de su verdad, para que fecundase á la tierra. Se nos permitirá extractar esta parte de nuestras pruebas, de un discurso nuestro que corre impreso, [3] por estar allí presentadas con suma brevedad y concision.

1 Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus. *San Pablo á los corintios. Epist.* 1ª, *cap.* 15.

2 Obra citada. *(Extracto.)*

3 Panegírico de Nuestro Señor Jesucristo. Part. I.

§. I.

Sublimidad de sus misterios.

El dogma sacrosanto de un Dios trino y uno, *el Verbo que existia desde el principio, que estaba en Dios, que era Dios,* [1] hecho carne en el vientre de una vírgen por obra del Espíritu Santo, para nacer en el tiempo, padecer y morir; el hombre condenado á la muerte por el pecado original, reconciliado con Dios por medio de Jesucristo, destinado á resucitar en el gran dia en que ha de finalizar el mundo, el pan convertido en el cuerpo, y el vino en la sangre del Cordero sin mancha, para quedar á los hombres hasta la consumacion de los siglos, como una prenda de amor, en la cual Jesucristo habia de presentarse á los ojos de nuestra fe con el doble carácter de Pontífice que sacrifica y víctima que se inmola; la tierra formando con el cielo una sociedad perdurable, en que unidos todos los miembros con la cabeza que es Jesucristo, por la profesion de una misma fe, por la participacion de unos mismos sacramentos, por la identidad del culto, por la sujecion á unos mismos pastores, se manifiesta el cuadro perfectísimo de aquel rico y poderoso imperio, en cuyo muro inexpugnable habian de estrellarse las oleadas furiosas que se levantarán del abismo; una ventura sin fin reservada á los justos; una desgracia sin fin destinada á los culpables; el mundo que corre fugitivo con todas sus ilusiones; el tiempo que vuela presuroso á hundirse para siempre en el seno de la inmóvil eternidad: he aquí un conjunto imponente, admirable, divino, una concurrencia misteriosa de sombras y de luz, en que la verdad, semejante á la nube de Israel, es toda claridad para el sencillo creyente, toda oscuridad y tinieblas para la soberbia razon que tiene el increible frenesí de buscar en sí misma el gran principio y el inevitable término de todas las cosas.

§. II.

Unidad de su economía.

El primer indicio de las producciones humanas es y ha sido siempre una insoportable mezcla de verdades y de errores que mantienen siempre á la razon en una especie de perplejidad, y eternizan las disputas entre los que llevan el nombre de filósofos, y aspiran al título de sabios. Ni hai puntos de contacto, ni centro de reunion, ni el mas ligero punto de unidad. El filósofo construye sus sistemas con una maravillosa simetría; pero busca en vano en la historia su apoyo, en las otras ciencias sus sufragios, y en las convicciones sus triunfos: miéntras se pierde en eruditas conjeturas para fundar el orígen de la sociedad, fijar el carácter de la religion, ó establecer los principios de la conducta; tropieza con mil obstáculos y contradicciones, y muestra frecuentemente la timidez propia de la infancia. ¿Qué otra cosa nos dicen aquellas sectas en que cada uno imaginaba el haberlo hallado todo, y en que nada nos sorprende tanto, como el conjunto de las imposturas y de los errores, las torcidas huellas que nos recuerdan todavía la incierta y vacilante marcha del espíritu humano? Despues de estos grandes y tristes desengaños, ¡qué satisfaccion tan pura experimenta la razon, al contemplar ese plan maravilloso y único de la doctrina de Jesucristo!

Las ideas de Creador y creatura nos llevan hasta el orígen de la especie humana. En el acto mismo de presenciar la creacion, vemos abrirse á nuestros piés el camino que debe recorrer el hombre para llegar á su destino inmortal. Allí descubrimos nuestra dependencia gloriosa, nuestra limitacion: desde el sentimiento de nuestra nada nos elevamos hasta el orígen del Ser y el manantial de la sabiduría; y ya desde entónces esperamos únicamente de Dios la verdad y la lei. En esta primera página del mundo, se nos presentan casi á un mismo tiempo el pecado que condena á toda la humanidad, y la promesa de un Redentor que ha de satisfacer á la justicia divina para salvar á los hombres. Los patriarcas, los profetas, las instituciones, la religion, los sacrificios, todo está íntimamente ligado á esta promesa; y aun ántes de nacer el Salvador del mundo, atraviesa con majestad los siglos todos que ocupan el espacio que média entre Eva y María. Jesucristo llega: es Dios y hombre: su palabra exige la negacion de nuestro entendimiento; su lei, el holocausto de nuestra voluntad. A este doble sacrificio está unida una recompensa eterna, así como á la pertinacia del incrédulo y á la obstinacion del pecador corresponde una desgracia que no ha de tener fin. La negacion de sí mismo íntimamente unida con la felicidad verdadera; la única sabiduría dependiente del sacrificio del entendimiento; el órden, la paz, el verdadero gozo, inseparables del sacrificio de la voluntad: he aquí un maravilloso sistema, en que todo está unido á una idea capital, á la negacion de nosotros mismos.

1 Joann. cap. I, N. 1.

§. III.

Universalidad de su inteligencia.

Recorred el inmenso campo del cristianismo; visitad con la imaginacion todas las clases, desde el palacio hasta la cabaña. ¿Quién ignora estos misterios? ¿quién no ha comprendido el conjunto de estas verdades? ¿á quién se oculta el superior designio que contienen? ¿quién no ha penetrado su maravillosa economía? ¡Ah! cuando buscamos la verdad y la lei, las reconocemos igualmente en el idioma inculto del aldeano y en los labios balbucientes del niño. ¿Qué habia podido con su magnificencia y aparato la razon de los antiguos filósofos? ¿Cuándo mostraron ellos al pueblo los conocimientos que ofrecian á la admiracion? ¿Qué habia sido la parte mas numerosa de la sociedad ántes que la Cruz de Jesucristo derramase aquella sabiduría profunda, á cuya única posesion aspiraba el Apóstol de las gentes? Los sacerdotes en Egipto, los Magos en Persia, los Brachmanes en el Indostan y los filósofos entre los griegos, ¿qué fueron, sino unas arcas cerradas de ilusiones é imposturas? Se diria que penetrados de la vanidad de sus pensamientos, mantenian la ciencia envuelta de continuo en las sombras del misterio, rezelosos de una publicacion, que hubiera comprometido su celebridad. El pueblo lo ignoraba todo, hasta el abismo de su degradacion. Estaba reservado á vos ¡oh Jesus! derramar sobre esta ruda y extendida mole la inmensa copia de vuestra sabiduría, haciendo, por este medio, que en vuestra Persona reconociera el universo la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. *Lux vera, quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.*[1]

§. IV.

Santidad de su moral.

¿Quién otro que Jesucristo, pudo haber sancionado su lei, dando á cada precepto un carácter verdaderamente celestial? Su reino no es de este mundo; sus leyes no están sujetas á las vicisitudes del tiempo; su doctrina es verdaderamente santa. La práctica de esta doctrina hace reinar al Espíritu Santo en el corazon; y la observancia de la lei es un vínculo

1 Joann. I.

indisoluble que parece unir al cielo con la tierra. Dios en el hombre, el hombre en Dios: he aquí la moral de Jesucristo. Somos por ella una cosa que no pertenece á la tierra: el entendimiento se levanta sobre las alas de la fe en busca del grande objeto hácia donde le impele sin cesar el fuego del amor divino. Donde el Evangelio se observa como la regla universal, no hai sacrificio costoso, no hai empeño difícil; y desde el individuo que obedece hasta el caudillo que manda, no se ve mas que un comercio dulcísimo de condescendencia cristiana, que afirma incesantemente el imperio de la paz, hace reinar juntas la virtud y la sabiduría, y franquea por todas partes las avenidas de la felicidad. Antes de Jesucristo, la historia de las instituciones humanas parecia dirigirse á convencer al mundo de que no habia medio ninguno para la política en la fatal alternativa de la insurreccion y de la tiranía. Jesucristo fué con la santidad de su lei el que sancionó la libertad de los pueblos, *borró la infame definicion de esclavo del código* de las naciones, sentó los principios de la sociedad y dió una constitucion al universo. "Sabéis, dijo á sus apóstoles y en ellos tambien á cuantos hubiesen de gobernar segun el Evangelio, sabéis que los príncipes de las naciones dominan sobre ellas, y que los mas grandes ejercen en ellas el poder. No será así entre vosotros; sino ántes bien, el que quisiere ser mayor sea vuestro criado, y el que quisiere ser el primero, sea vuestro siervo: porque el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida por la salud del mundo."[1] ¡Sublime legislacion! Jesucristo acaba de tirar la línea que divide política de política, y gobiernos de gobiernos. Los pueblos no son ya el patrimonio de sus soberanos, sino el blanco de la beneficencia y un objeto de la mas tierna solicitud para los que son llamados al honor terrible de regirlos. Mandar es santificarse en los puestos públicos, es servir á los súbditos con zelo, sacrificarles el tiempo, los gustos, la quietud propia, la prosperidad y hasta la vida. Pero ¿quién ha establecido esta máxima? El mismo que ha comunicado á la persona del que gobierna un carácter santo y venerable, el que ha inscrito las leyes que se promulgan en la tierra entre los preceptos que Dios ha impuesto á los hombres, y que uniendo á la sancion de los sentidos la sancion del espíritu, ha santificado la obediencia. Nada tuvo ya de humillante el título de súbdito, y glorioso fué obedecer á las potestades de la tierra desde que se dijo á todos los pueblos por la bo-

1 Math. XX, 26, et seq.

ca del Apóstol: "Todos están sometidos á las potestades " superiores: porque no hai autoridad que no venga de Dios, " y él es quien las ha ordenado. Así pues, el que resiste á " la potestad, resiste á la ordenacion de Dios. El príncipe " es el ministro de Dios para el bien. Es pues necesario " que le estéis sometidos, no solo por el temor del castigo, " sino por un deber de conciencia. [1]

§. V.

Eternidad de sus promesas.

¿Qué vale para el hombre ser dueño de todo el mundo si pierde su alma? [2] he aquí una máxima que todo lo pospone á los intereses del espíritu. ¿Qué filosofía habia condenado con esta resolucion infalible la grandeza, las riquezas, el poder, la celebridad, la gloria misma del mundo, ídolos divinizados en el culto del gentilismo y honrados hasta la última bajeza por el incienso de la sabiduría pagana? Pero, ¿qué se necesitaba para esto? la sabiduría y el poder de su divino Autor. Al reino de los sentidos perecederos sucede el imperio del alma, que no espira jamas; y la muerte ha perdido sus terrores desde que se anunció la eternidad como el patrimonio de los que lloran, de los hambrientos, de los perseguidos, de los atribulados, de los que no temen sacrificar en las aras del deber todos los bienes que están colocados bajo el cómputo mezquino del tiempo. *"Sois mui venturosos, decia Jesucristo, cuando los hombres os maldicen, os vejan, os persiguen de muerte: porque vuestra recompensa es magnífica y eterna en el reino de los cielos.* [3] He aquí lo que promete el Evangelio á los verdaderos creyentes, á los que oyen y guardan al mismo tiempo la palabra de Jesucristo. *No temáis*, decia este Divino Maestro, *á los que matan el cuerpo; sino á Dios, que puede precipitar el alma y el cuerpo eternamente en el abismo.* [4] He aquí la pena con que amenaza el Evangelio á los que no tuvieren la noble resolucion de negarse á sí mismos, de mortificar sus pasiones, de seguir á Jesucristo. He aquí el último carácter de esta doctrina y un sello indeleble de su divinidad. Bien sabemos que la idea de otra vida estaba indicada en

1 Ad Rom. Cap. XIII, V. 1, et. seq.
2 Math. XVI, 26.
3 Id. cap. V, VV. 11 y 12.
4 Math. cap. X, V. 28.

los Elíseos y en el Tártaro de los gentiles, y que el paganismo no fué de todo punto extraño á la idea de una eternidad: porque ya se sabe que el naufragio de los buenos principios no fué tan absoluto y universal, que no escapasen algunos restos bastantes á ocupar con provecho las nobles tareas y los preciosos afanes del talento antiguo. Pero tambien debemos confesar, que eran estas unas ideas vagas en la línea de lo abstracto; monstruosas, risibles y aun criminales en lo concreto; estériles en lo puramente especulativo; versátiles y desprestigiadas en lo práctico. En suma, no se tenia una idea exacta de la eternidad, no se conocia la bienaventuranza ni el verdadero infierno; ni ménos habia ocurrido á ningun legislador, á ningun sabio, hacer las asignaciones que Jesucristo hizo para la distribucion de estos dos destinos tan opuestos. El orgullo habia despreciado los deleites, los tesoros, el poder, la gloria; pero nadie se habia santificado en las tribulaciones, ni conocido el precio de la miseria, del dolor, del abandono: nadie habia traslucido la humildad, ni ménos colocado en la negacion de sí mismo el fundamento de una eternidad venturosa. La eternidad del Evangelio es una cosa inseparable de los objetos á que se aplica; y por tanto ella basta por sí para convencernos evidentemente sobre la mision divina de un personaje que predica esta doctrina sublime. Queda pues demostrado que la doctrina del Evangelio prueba evidentemente la divinidad de Jesucristo; porque no puede ser solo hombre quien propone una doctrina sublime en sus misterios, una en su economía, universal en su inteligencia, santa en su moral y eterna en sus promesas.

CAPITULO IX.

DE JESUCRISTO CONSIDERADO COMO SALVADOR DEL MUNDO.

Ya hemos visto cómo la redencion del género humano se habia de verificar por la pasion y muerte de Jesucristo, y en consecuencia cómo este sacrificio sangriento venia á ser el objeto y medio con que habia de realizarse el fin de la Encarnacion; cómo, supuesto el pecado original, el hombre no podia volver á la gracia sin ser perdonado, ni Dios queria perdonarle sin ser satisfecho: cómo esta satisfaccion plena y cumplida, segun el Decreto de Dios, debia consistir en la inmolacion de una víctima que tuviere un mérito infinito: